

## Programa Interuniversitario de Historia Política

Foros de Historia Política – Año 2017

[www.historiapolitica.com](http://www.historiapolitica.com)

### Comentario al texto de Pablo Stefanoni: “Un antiimperialismo “distante”: desplazamientos discursivos y experimentación política en la Bolivia de 1920 y 1930”

Andrey Schelchkov (Academia de Ciencias de Rusia)

El texto de Pablo Stefanoni abarca un tema importante de la eclosión del concepto del antiimperialismo como parte psicológica e ideológica del nacionalismo boliviano en los años 1920 y 1930. En realidad, el tema del antiimperialismo, y sus lecturas políticas, fueron un producto de importación del discurso de la izquierda latinoamericana en ascendente influencia política. En general en todo el continente la cuestión antiimperialista surge después de la Primera Guerra Mundial, y goza de mayor aceptación a partir de la impronta nacionalista de la Revolución Mexicana, y en los países con mayor inserción en el mercado mundial como Cuba o Chile. Bolivia representa un caso *sui generis* donde el nacionalismo es posterior al antiimperialismo (y éste último fue ante todo materia del pensamiento izquierdista). En Bolivia, la economía y la política nacional estuvieron dominadas por grandes mineros de procedencia local, y aunque el capital extranjero también se hallaba presente en el país, en su mayor parte estaba conformado por empresas chilenas de capital inglés. Así que, según refiere Stefanoni, un sentido del “nacionalismo geológico” estaba dirigido contra los mini-imperialismos regionales y contra la oligarquía local.

Stefanoni muy correctamente subraya los traumas psicológicos de la intelectualidad boliviana: los dramas del despojo y enajenamiento de parte importante de su territorio nacional y la heterogeneidad racial, cultural y geográfica de su propio país, una suerte de complejo de inferioridad por una nación percibida como inconclusa. En ese sentido, el indigenismo que surge en esos años no consigue presentar un proyecto de nación futura. Los indigenistas de derecha y de izquierda, desde Franz Tamayo a Carlos Medinaceli, pasando por el movimiento de escuelas indigenistas iniciado por Elizardo Pérez, contribuyen al pensamiento nacionalista pero tienen más contradicciones que recetas. Y, sobre todo, le temen a la propia raza indígena (de ellos se puede citar la frase del escritor ruso Maxim Gorky dicha sobre los revolucionarios de su país: ellos hablan del amor al pueblo con odio y hablan de odio al régimen con amor). El nacionalismo formulado por Carlos Montenegro y Augusto Céspedes después de la tragedia de la Guerra del Chaco todavía no expone al imperialismo como la causa principal de los dramas

de Bolivia. Para el nacionalismo boliviano la disputa “nación/anti-nación” estaba enraizada en la estructura del propio país, y la anti-nación no solamente estaba asociada con los “barones del estaño”, sino también con la denominada “Rosca” (es decir, la clase media “colonialista” que estaba al servicio de la oligarquía minera-latifundista). Este anticolonialismo, cuya tesis principal estaba presente en el mismo título del libro principal de Montenegro *Nacionalismo y coloniaje*, podía ser interpretado como antiimperialismo sobre todo por las ansiedades populares en buscar culpables inmediatos de la derrota de la Guerra del Chaco.

El concepto de “Revolución Nacional” de Carlos Montenegro, basado en la contraposición desde los tiempos de la colonia de dos polos opuestos, “la nación” y “la antinación”, encontró sus raíces ideológicas en las ideas tradicionalistas de los falangistas españoles. Para Montenegro, la oligarquía y el imperialismo eran la misma cosa, y sus bases ideológicas estaban representadas por el liberalismo. Montenegro afirmaba que la oligarquía trataba de sembrar en el suelo boliviano una cosmovisión europea, contraria a los principios autóctonos, “verdaderamente nacionales”. Negaba la viabilidad de cualquier doctrina o concepto europeo para Bolivia. Según postula, “la ideología liberal en que profesaba el régimen –ideología puramente europea– fue asimismo impuesta al pueblo, sólo como otra expresión de dominio del extranjero”.<sup>1</sup>

La “Revolución Nacional” para Montenegro tiene carácter político y no social, pues se trata de liberarse de la dominación colonial externa, que oprime todas las clases de la nación sin excluir a nadie. La oligarquía formó el “super-estado”, que domina al verdadero Estado, usurpando su soberanía. Para Montenegro, la revolución consistía en restablecer la soberanía, sacar a la oligarquía del poder, cumplir los objetivos antiimperialistas. Para él, la revolución es “un acto conservador” que restablece la justicia histórica (entendida metafísicamente), y que libera al Estado, es decir a la nación, del dominio del “super-estado”, de la oligarquía. Montenegro consideraba que el proletariado, siendo la vanguardia de la nación, no tenía futuro si no se fusionaba con otras clases. Según Montenegro, la oligarquía dividió al pueblo y lo sumió en el abismo de la lucha de clases. De ahí la tesis de que “la oligarquía impide la unidad del pueblo”. Por consiguiente el pueblo logrará de nuevo su unidad en “la revolución nacional”, en una dinámica antioligárquica y por extensión antiimperialista.

El antiimperialismo surgido de la derrota de la Guerra del Chaco es en cierto sentido construido por las élites. Irónicamente, el primero que acusó a la Standard Oil de llevar a Bolivia al conflicto bélico con Paraguay fue un senador norteamericano, Huey Long. Esta tesis tan cómoda para Paraguay fue desarrollada por la propaganda militarista paraguaya que presentaba a su país como víctima de los intereses americanos, defensores de Bolivia. La izquierda de todo tipo

---

<sup>1</sup> Carlos Montenegro (1979), *Nacionalismo y Coloniaje*, La Paz, p. 191.

fomentó esta tesis que fue divulgada inclusive en los campos de los prisioneros bolivianos en Paraguay por los comunistas paraguayos y bolivianos, mientras en Bolivia se hablaba del imperialismo argentino que estaba atrás del Paraguay en defensa de los intereses británicos petroleros. Esta tesis de la guerra petrolera se hizo lugar común en la política boliviana de posguerra, muy bienvenida no solamente por la izquierda obrera, sino también por la nacionalista e inclusive por la “antinación” de los barones de estaño. Esta tesis de la culpa de las fuerzas foráneas en la guerra con un país vecino tenía una lógica interna inquebrantable, y se correspondía con los sentidos de los atavismos del coloniaje aun no superados en cien años de vida republicana. Esa fue una de las razones por las que la expropiación de la Standard Oil por el gobierno de Toro fue bien aceptada por la Rosca y los barones, ya que evitaba el análisis profundo de las causas de la guerra y de la derrota. A partir de allí el antiimperialismo forma parte del discurso nacionalista y de la izquierda marxista, siendo uno de los puntos comunes de la posible política aliancista.

La izquierda internacional y nacional en Bolivia no creía en las posibilidades de repetir el mismo camino de desarrollo capitalista que Europa, lo que fomentó un antiimperialismo popular, político e intelectual. Esa duda sobre el desarrollo capitalista integral fue tematizada por Tristán Marof en *La Tragedia del Altiplano*, donde se subraya que una nueva Bolivia solo puede surgir a partir de la confrontación con el capitalismo y el imperialismo: “la propiedad privada nacional no puede hacer su curva en estos países sin caer en brazos del imperialismo extranjero. La propiedad tiene que convertirse en propiedad social, así como la iniciativa”.<sup>2</sup> Sin la revolución “la sentencia histórica de desarrollo capitalista: países retardados y ricos son presa del imperialismo”, y seguirán siendo pobres y atrasados.<sup>3</sup> Así, en obras de Marof y otros izquierdistas de los ‘20 y los ‘30, el imperialismo se convierte en el primer protagonista del atraso, de la miseria de Bolivia; y el antiimperialismo se hace un elemento obligatorio en el discurso antioligárquico no solamente de la izquierda sino de la corriente antiliberal y filofascista del nacionalismo.

Stefanoni subraya con razón una convergencia de sentidos políticos antiliberales del nacionalismo en los ‘30 en el entramado boliviano, desde el socialismo marxista e indoamericanismo aprista hasta el corporativismo fascista. Un fascismo que idolatraba al Estado, a la Voluntad y a la Fuerza parecía dar bases para la resurrección de la nación y ofrecía un camino de engrandecimiento, a partir de una revolución desde arriba que desconfiaba de las masas. Las ideas del fascismo sirvieron de base para el nacionalismo revolucionario, para los socialismos nacionales (por ejemplo los de Enrique Baldivieso, Carlos Salinas Aramayo, Elías

---

<sup>2</sup> Tristán Marof (1935), *La tragedia del Altiplano*, Buenos Aires, Claridad, p. 111.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 82-84.

Belmonte y los filósofos teluristas) que buscaron fortalecer un Estado-nación opuesto al enemigo interno, la Rosca, y al enemigo externo, el imperialismo y el eurocentrismo liberal. El antiimperialismo del nacionalismo boliviano de todo género es antioligárquico por su contenido, y está dirigido al interior y no afuera del país, prolongando el prisma anticolonialista. En el siglo XXI el antiimperialismo boliviano retoma los contornos del anticolonialismo.

El antiimperialismo boliviano de todo género busca cuerpo y discurso para un anticolonialismo enraizado en la política antisistémica de las fuerzas nacional-populares, independientemente si están vinculadas a ideas comunistas o socialistas, o a otras de tintes autoritarios, corporativistas y fascistas.